

GRUPO 7

Alberto Rodríguez, 2012

DÓNDE ESTÁ EL GUION, MATARILE-RILE-RON

En síntesis, como no podría ser de otra forma, dada la simpleza del argumento, *Grupo 7* ilustra la conducta de cuatro agentes antidroga que, en vísperas de la Expo del 92, reciben carta blanca por parte del Jefe Superior de Policía para limpiar Sevilla de drogadictos. Como era de esperar, los procedimientos empleados por los agentes, bestiales, sádicos, despiadados, no dan ningún resultado positivo, ya que los yonquis a los que machacan una y otra vez no tienen medios ni ganas de vivir de otra manera. Aun así, los que cobran por defender la ley son felicitados por el jefe superior de policía, encantado de tener a su servicio unas bestias semejantes.

Más que una obra dramática, *Grupo 7* parece un documental sobre la sórdida y desigual convivencia entre hienas y cerdos que, por alguna mutación siniestra, hubieran adoptado apariencia humana. Rodada en Sevilla, con los preparativos de la Expo 92 al fondo, incluye varias grabaciones de las obras que refuerzan el aire documentalista y como improvisado. Este tratamiento contrasta con el aplicado a las relaciones socio-biológicas, donde cada secuencia parece haber sido planificada minuciosamente a fin de obtener el impacto más brutal. Por poner un ejemplo: el puñetazo de Rafael a la Caoba. Durante el allanamiento de su casa, la mujer es insultada y metida en la parte trasera de un coche policial, donde Rafael le da un puñetazo en el rostro. Uno piensa que en el trance de ser maltratada y secuestrada, una mujer se retreparía en el fondo del asiento. Pero entonces, ¿cómo podría el policía que va de copiloto alcanzar con el puño la cara de la mujer? Para que el golpe sea plausible, el director pide a la actriz que se incline hacia delante. Como pidiendo el puñetazo, vamos. Así, de paso, justifica esa frase tan usada por los policías: si es que vais provocando, coño. Es lo que podríamos llamar brutalidad de diseño.

Protagonizada por un grupo de hombres tan incontenibles en los barrios como serviles ante la mesa del superior, *Grupo 7* se adhiere sin pestañear al viejo cine de hombres para hombres, donde la mujer, si la hay, encarna el papel de calentacamas, de saco de los golpes o, si se tercia, las dos cosas a la vez.

La película, no obstante, fue aclamada por la crítica. "Rodríguez logra salir airoso gracias a una sólida descripción de ambientes y personajes marginales, además de un toque crítico hacia la institución mucho más áspero de lo habitual y de una dirección de actores que para sí querrían muchos de sus colegas", escribe M. Torreiro en Fotogramas. "Alberto Rodríguez ha hecho el milagro. Buenos personajes universales pulidos por un guion con soluciones autóctonas perfectas", Carlos Marañón en Cinemanía. "Una de las mejores películas españolas que he visto en mucho tiempo", dice Carlos Boyero. Vaya carrerón.

Puede que, con el tiempo, Rodríguez haga cosas merecedoras de esos elogios. Pero tendrá que despojarse de un par de rasgos, esenciales en *Grupo 7*: el

regusto por las conductas más abominables del hombre (sólo a un enfermo lo puede regocijar ver cómo se desfigura un rostro a martillazos) y el andalucismo. No estoy en contra del *cine con raíces*, pero creo que esta nueva ola del cine andaluz se excede en su empeño por resaltar su andalucismo. Me recuerda a esos humoristas que, para hacer el chiste más gracioso, empiezan diciendo aquello de “va un gitano...”. La gracia debe estar en el cuento no en el origen del personaje. En el caso del cine andaluz, otro problema, no sé si menor, es el de la pérdida de información por parte del espectador debido a la confusa vocalización de algunos actores: si a quienes hemos nacido al norte de Despeñaperros nos cuesta entender buena parte de los diálogos, pobre del extranjero que entre en la sala con la intención de aprender nuestra lengua.